





Estupro





C. Murueta

Estupro

Primera edición: de 2016

© Publicación y comunicaciones Caudal, SL.

©

ISBN: 978-84-16824-12-0

ISBN Digital: 978-84-16824-13-7

Depósito Legal: M-29906-2016

Editorial Adarve

Alameda del Valle, 34

28051 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

Dedicado a mi primer compañero y gran amor,
Miguel Ángel Sánchez.



Mujer callejera

Jessica nunca tuvo las aspiraciones características de una mujer moderna, pareciera que su única gran ambición era sobrevivir el advenimiento de un cruel porvenir. Cuando niña era párvula y callada, disfrutaba jugar entre los charcos, agua que se estancaban en los agujeros del pavimento y el chapopote. En la zona todas las casas se asemejaban, rejas grises, paredes sin pintar, botellas de vidrio en pedazos como protección contra robos y allanamientos. Cuando hace calor hierven las aceras, cuando hace frío hasta las aves desaparecen. Sólo la lluvia barre las calles. No hay más que el humo de los autos en el soplo del viento, aunque de momento flota también un olor a bolillos recién horneados o a tacos de perro. Hay lonas que sirven de techo, contenedores de basura oxidados, animales famélicos. El *graffiti* reina sobre los espacios publicitarios y las pandillas proclaman su territorio en lotes baldíos. La colonia tuvo alguna vez mejores tiempos, aunque nadie los recuerda, pues ya nadie se detiene a reiterar.

Jessica creció con seis hermanos y un padre adicto al tolueno, lo inhala de andrajos que se venden en las esquinas por diez pesos. En su casa se lavaron siempre hasta los cubiertos desechables, pero nunca los trapos sucios. Su madre parecía abúlica y desidiosa en ese aspecto, quizá era el trabajo diario la fuente de su mediocridad inmutable, los viajes en camión y el salario insuficiente. A Jessica nunca le importó, tampoco tener que portar las prendas opacas que ya no le ajustaban a sus hermanas. Las deudas se aparean, no podemos despistarlas. En la tele no hay más que explosiones y promesas de cambio, paradojas simultáneas. A papá le encanta el pegamento. La gente parece trastornarse a medida que pasan los años, los meses sin intereses. Estamos atrapados en un universo cuya sequía sustancial es veloz y persistente. El colapso no está muy lejos,

pues la civilización es bulímica y entre más devore, menos nutrida se encontrará. Así era también, aunque en menor escala, la urbe de montes helados que transitaba bulliciosa a su alrededor.

Durante la educación básica nunca fue muy lúcida, jamás tuvo una nota de excelencia o un talento condecorado. Parecía reservar con un sigilo imperturbable aquello que cruzara por su mente. Buscaba el cielo escondido entre nubes tóxicas. Su cabellera era lacia y oscura como el azabache, su tez morena y tersa. Labios turgentes, nariz pequeña y pestañas espesas, calcetas altas y falda cuadriculada. Los maestros olvidaban a veces su presencia en el aula, salvo en ocasiones cuando reprochaba los exámenes. Tenía un par de amigas en la cuadra, otro grupo en el patio de receso. No le gustaban las muñecas, prefería rasparse las rodillas jugando a las escondidas, pues le apasionaba la idea de que alguien la buscase. Y al llegar a casa todo olía a pintura, mas las paredes se preservaban en obra negra. Pura mierda el baño, puro frijol la cocina, tendedores atestados, telenovelas en la sala y un San Judas de arcilla. Nunca valoró aquellas estancias roídas por el tiempo y la mediocridad hasta que comenzó la escuela secundaria.

Jessica tenía trece años, era quince de septiembre y en los costados del salón colgaban banderas de México y papel picado. Uno de sus compañeros recién se iniciaba en la pandilla de la cuadra, alardeaba de sus tatuajes todavía enrojecidos al resto de los varones. Le encantaba el pegamento. A todos les encanta el jodido pegamento. Portaba siempre una navaja en la mochila y la mitad de la cabeza rapada. A Jessica le gustaba, en secreto por supuesto. Lo miraba de reojo y se sonrojaba sin razón. Se ocultaba entonces entre sus libros y mechones brillantes de cabello, resignándose a sonreír. Al salir de clase se ocultaba detrás de un gran árbol para fumar con sus amigas, qué delicioso era el tabaco después de un rato, escupiendo humo como fumarolas, formando círculos con la punta de los labios, aros níveos que pasarían a formar parte de las nubes. Se aproxima entonces aquél muchacho por el que Jessica engendró mariposas en el vientre —¿Puedo acompañarte a casa? —pregunta mientras ella apaga su cigarro y lo tritura con la punta del zapato. Mira al suelo, tose un poco para aclararse la garganta. Pestañea más despacio de lo normal—. Podríamos tomar el mismo camión —supuso.

Las ventanas difuminaban la ciudad a su alrededor, convirtiéndola en

una mezcla turbia de matices, sonidos y movimientos. El mundo parece tornarse así durante la adolescencia, una mancha ambigua y repleta de misterios. Los muchachos ríen, se toman por las manos, caminan en la feria, desperdician la arena en sus relojes como si presintieran el final de los tiempos. Andan siempre por los mismos senderos, soñando las mismas utopías anodinas, con un futuro que no ha de suceder. Se reúnen en las banquetas solitarias, fumando o inhalando fuera de casa, quejándose. Un cerrojo en sus puertas y una caricia prohibida, pues masturbarse es casi siempre más plácido e íntimo que el sexo mismo. Ser adolescente significa estancarse en los ámbitos más oscuros de la infancia y perpetuarlos por temor a conquistar el futuro. Un simple cambio biológico se convirtió de pronto en la etapa más innecesaria del desarrollo humano, un capricho de la sociedad actual. Jessica no comprendía todavía que para convertirse en mujer debía renunciar a aquello que su gobierno había dictaminado: que a su edad era imposible cobrar responsabilidad de los propios actos, que estaba clasificada en el medio jurídico como un ser incapaz de razonar por sí mismo.

A ella no le importó soportar los gritos de sus padres, lo único que ansiaba era reunirse con su amado y así lo haría, con o sin la aprobación familiar. A nadie le interesan los reclamos maternos, no cuando escurren fluidos lujuriosos de entre las piernas. Jessica lo acompañaba en su vagancia hasta la medianoche, salían del aula y se perdían en el delirio de los callejones. A veces comían, a veces dormían, a veces volvían a sus respectivos hogares. Limpiaban parabrisas en los semáforos para conseguir morralla y comprar cigarros. Él se reunía con la pandilla, asaltaban en las madrugadas y vendían efervescencias en la esquina. Se drogaban con tolueno en los baños de la escuela y volvían a clase con la mirada dispersa y el habla divagante. Intercambiaban sus chamarras y se besaban despacio, grabando sus nombres en la superficie del pupitre. Jessica creía estar mejor que nunca, el uniforme sucio, la gorra desgastada y un paño de tela siempre en su bolsillo. Detenerse a contemplar las estrellas desde alguna azotea sórdida parecía mucho más asombroso con una dosis de cinco pesos recién ingerida. Aprendió a tragar fuego debajo de un puente y fue para ella un logro profesional. No resultó vergonzoso en absoluto exponer sus talentos en las vías más transitadas de la ciudad, tampoco el saber que su novio estaba al mismo tiempo desmantelando

piezas de automóviles en algún estacionamiento cercano. Pareciera que la prisión era una amenaza improbable, no hay de qué preocuparse, somos menores de edad. En las vías públicas me siento mejor que entre las paredes de mi habitación. La felicidad es efímera, es un bienestar excelso, letal y pasajero. La felicidad es sintética, la hay para todo estrato social, la felicidad se vende en clandestinidad, intoxicando la sangre y robándose la cordura. Y así un día lluvioso, Jessica se percató de que no era legítima dueña de su cuerpo.

Un baño público en la central de camiones le reveló su destino. Comenzó a meditar sentada en el retrete, una prueba de embarazo entre sus dedos. Habría pues de levantarse, alzar la vista. Se reclinó en un corredor mugriento, raspando la suela de sus botas y flexionando las rodillas — No puedes ser madre a los catorce años —exclamaba su novio, indignado como si acabara de escuchar un insulto. Ella se acomodó un mechón de cabello—. ¿Y por qué carajos no? Tuve sexo, me gustó, no soy una niña —farfulló. Él insistiría en contradecirla—. No puedes ni cuidarte a ti misma ¿cómo vas a cuidar de alguien más? —alegó. Parpadearon los focos amarillos en el techo destartalado—. No soy estúpida ni tengo problemas mentales, basta de tonterías —reclamó de inmediato. Él la acorraló de pronto, severamente alterado—. Tus padres se enojarán, te correrán de la casa ¿Quieres que tu hijo crezca en la calle? ¿Quieres traerlo a este mundo para sufrir? Morirán de hambre —argumentó. Jessica retrocedió un tanto intimidada—. Si trabajamos duro podríamos darle lo necesario, una vida humilde no es sinónimo de una vida cruel. Todos sufrimos un poco, eso no podemos evitarlo —decía, mas fue interrumpida por un grito agresivo—. ¡Ni siquiera me involucres en esto! Voy a pagarte un aborto y será el único apoyo que recibirás de mi parte. Ni se te ocurra meterme en problemas con la ley o juro que mi pandilla se vengará. Te chingaré a balazos. Soy muy joven para ser padre, arruinaría mi vida —amenazó y sacó la navaja de su mochila. A Jessica se le humedecieron los ojos, pudo percibir la seriedad en sus agravios. Suspiró e intentó apartarse, no había nadie que pudiera auxiliarla—. Piensas que un hijo te arruinará la vida, cuando ya eres un pendejo, drogadicto y ladrón. Nadie es muy joven para ser padre, sólo muy marica o egoísta —clamó furibunda. Segundos después sólo logró cerrar los ojos antes de sufrir un golpe tremendo en el rostro, se agazapó en el suelo helado

con escandalosos gritos, luchando para protegerse del abrupto estallido de violencia. Él intentó patearle el vientre, saltar en su espalda, jalarle el cabello. Sin embargo, tuvo que salir en fuga cuando escuchó voces en la proximidad, un grupo que se encaminaba hacia los sanitarios. Jessica se agazapó y abrazó sus rodillas, sollozando y temblando, escupiendo sangre. Intentó buscar ayuda con un miembro de la policía y fue cínicamente vejada—. Otra vez tú, drogadicta de mierda, sal de la estación o te llevo detenida —la amenazó.

Pútrida adolescencia, falacia consentida, legalizada. En el barrio no hay más que vientos álgidos y rincones solitarios, locales clausurados, edificios desmoronándose, almas en pena. Son casi las tres de la mañana y ladran los perros, se lamenta en silencio la miseria del país: México y sus cincuenta millones de pobres. Jessica avanza abatida, frotando sus palmas para generar calor. En su casa apenas la reconocen, está cenicienta de la tez y lleva casi tres meses consumiendo inhalantes baratos, perdiéndose por días en los peores rumbos de la localidad. No parece ya la niña que criaron, ni un vestigio siquiera está vigente en aquellos ojos oscuros. Golpea la puerta con lágrimas en las mejillas y pide disculpas, pero en ese domicilio no será bienvenida con compañía. Un aborto, un aborto, hija. Nosotros no tenemos dinero. Piensa en tu futuro. Nos has decepcionado. Te advertimos que no fueses tan tonta, ahora lárgate y arreglártelas sola, aquí no queremos verte otra vez. Los reproches son estrepitosos y muchos en la vecindad pueden escucharlos, se encienden las luces en distintos puntos del callejón. Para Jessica no hay más opción que desaparecer, continuar caminando hasta desvanecerse entre la tiniebla, convertirse en otro rostro invisible e indigente. Deambular como una sombra entre luceros electrónicos. Arrojarse con estoicismo, llorar en un parque abandonado, recoger colillas de cigarro en la basura para calmar sus nervios. Con ansias de tragar fuego para incinerarse el ánimo, conseguir pegamento y reconstruir los trozos de su integridad. Pareció desintegrarse poco a poco a medida que el alba se asomaba en el horizonte, salpicándole el rostro con sus primeros rayos. Y Jessica se acurrucaba en un banco de madera, perdiendo la noción de la realidad, soñando que se la comían los gusanos.

Decidió mudarse al otro extremo de la ciudad, donde ningún conocido pudiera humillarla por su condición. Recolectaba latas y envases

de plástico, durante la hora de mayor tránsito continuaba escupiendo fuego en los semáforos. Por las noches dormía en un estacionamiento, arropada en una caja de cartón y periódicos de prestigio, a veces incluso se detenía a leerlos. Se aseaba en los baños de la gasolinera, donde además vendía chicles y limpiaba cristales. En las tardes pasaba varias horas frente a una clínica de fertilidad, preguntaba a las parejas que cruzaban los portales si alguno estaría interesado en adoptar a su futura cría. En ocasiones se compadecían de su caso y le regalaban dinero, otros sólo la ignoraban. Cuando estaba por rendirse y buscar un abortorio, se encontró con un milagro viviente —Hay un centro religioso que alberga niños huérfanos o pobres, muchas veces son adoptados —le recomendó una persona que trabajaba en las instalaciones de la clínica, después le regaló una moneda y una tarjeta. Jessica no pensó dos veces antes de llamar en un teléfono público. Sería pues el día de su parto la primera y última vez que vería a su hijo, empero no le parecía que estuviera deshaciéndose de una carga, sino más bien garantizándole una oportunidad de encontrar un hogar lejos de ella, en la alta sociedad tal vez. Firmó lo que tenía que firmar y partió en silencio, expulsado ya de su entraña un fruto más de su decadencia.

Las calles la transformaron en una persona distinta, mucho más determinada e intrépida, sin la menor preocupación por los comentarios ajenos. Cuando uno está solo no tiene más opción que ser fuerte, olvidarse de la auto-compasión y los convencionalismos sociales, buscar alternativas más allá de lo que una vez resultó idóneo. Pocos meses después estaría bailando en un tubo en ropa interior, desnudándose en el mesón de una cantina con una identificación falsa y un salario fijo. Podía pagar una renta meneando las nalgas y realizando felaciones en la trastienda del local. A la mierda el tolueno, ahora podía comprar marihuana y alcohol. No permitía que nadie la denigrara más allá de lo estipulado en el contrato laboral. A veces se quedaba conversando con los hombres en la barra, hizo algunos amigos íntimos, mismos que le pagaban por sexo en autos viejos o en moteles cercanos. Jessica tuvo que aprender a maquillarse, arreglar su cabello y cuidar su alimentación. Ejercicio, botas altas, encajes y delineador grueso, colágeno en los labios y uñas falsas. Se drogaba para olvidar los disgustos del oficio, de vez en cuando se detenía en las paradas de autobús y recordaba su puesto en el semáforo,

las botellas de plástico, la gasolinera, interminables parabrisas. De eso no queda mucho, tampoco de su antigua secundaria o su amorío de otoño. Su cosmos entero huele a cigarro, a camioneros sudados, a cantina de mala muerte y billetes en tanga multicolor. Se inyectó más, esta vez en las asentaderas. Posó para calendarios de taller mecánico y revistas pornográficas de la más baja calaña. Podían también llamarla por teléfono en sus ratos libres, citarla en los cuartos y cuchitriles que frecuentaba, aceptaba pagos en efectivo o con botellas de licor. Un anuncio en la sección de clasificados del periódico era su mayor publicidad. Una tarde recibió incluso una propuesta de su padre, quien parecía entusiasmado por la reunión hasta que reconoció su voz. ¿Jessica? ¿Papá? ¿Eres tú? ¡No puedo creerlo! ¡Haces que se me caiga la cara de vergüenza! Eres una mierda de persona. La situación se tornó tan incómoda que Jessica sólo pudo colgar el celular. Sintió muchas náuseas, percatándose por primera vez del pudor que su feminidad merecía. No vendía placer y fantasías como solía anunciar, en el fondo estaba malbaratando su propia persona. Tales cuestiones la arrastraron al remordimiento y la languidez emocional. Podía fingir un orgasmo ante sus clientes, mas no sosiego ante sí misma. Ya ni siquiera la felicidad sintética parecía funcionar, de nada serviría plantar semillas en un terreno yermo. Y su cotidiano andar se convirtió en un tormento insufrible hasta encontrarse con él.

Es de madrugada y Jessica llora, busca consuelo en la oscuridad de su pieza, otro edificio en decadencia perpetua, en eterno olvido del mundo exterior. No ha estado sobria desde hace ya varias semanas. Un cliente acaba de apalearla, sodomizándola y ultrajándola antes de salir corriendo con su dinero. Se ha quedado sin ganancias, sin esperanzas, sin dignidad y sin compañía. No es la primera vez que acontecen tales desgracias, pero no imaginaba que ocurrirían también en su cumpleaños. Dieciséis años, Jessica. Dieciséis años malgastados, podridos, calcinados en un canuto de papel. Envenenada la cognición, evaporada la memoria, vaporizadas las ilusiones entre desaires y devaneos. Ha quedado perdida en su propia humareda, en la cárcel de un alma que ha dejado de respirar. Ese cliente pudo haberla asesinado y nadie lo hubiese notado, por lo menos no hasta que su cadáver apestara el departamento. Estaba sola, desamparada, no tenía a quién llamar para pedir apoyo, a quién recurrir para sentirse amada y protegida. Sus supuestos amigos estaban siempre

ocupados o desinteresados, su familia la condenó al sepulcro de la indiferencia. Sólo de la lascivia ajena dependía su subsistencia. Enterraba el rostro en los gélidos almohadones, resonando los resortes de su colchón, cuando escuchó sonar el timbre de su teléfono, la oferta que cambiaría su vida para siempre. Una voz viril que sonaba ronca y distante del otro lado de la línea —Buenas noches ¿Gatita cariñosa? Tengo que proponerte un negocio millonario.

Otro bastardo facineroso.

La cuna de Alexander fue desde el comienzo, objeto de problemas en más de un árbol genealógico. Nació en 1984, hijo ilegítimo de un hombre casado, médico renombrado en el hospital gubernamental. La amante era otra de las oficinistas en el sector, una secretaria rubia, alta, escandinava y con garbo despampanante. Su hogar era una vivienda austera, pero ubicada en una zona muy respetable de la ciudad. Crecían arbustos frondosos en los muros de piedra y en diciembre se congelaba el rocío sobre los portones de acero. Alexander era un niño impávido, incorregible y bastante inteligente. No comprendía por qué su padre sólo podía verlo en secreto, resguardado entre las paredes de aquella morada.

Siendo muy joven viajó con sus abuelos maternos a Noruega, su herencia ancestral. Jugó entre fresnos lozanos, explorando prados cercados con vista a las montañas nevadas. De vuelta en su patria, gozaba recorrer la cuadra en bicicleta, un vecindario monótono, de casas color arena y verjas de madera. También lo divertían las películas de vaqueros y el fútbol en el parque. Fue hijo único los primeros siete años de su vida, después su madre se casó con un viejo colega de la universidad, un ingeniero civil que pasó a ser el padrastro que nunca aprendió a querer. No era un mal hombre, incluso fue más atento con ellos que su padre biológico, mismo que sólo se reportaba de vez en cuando con algún regalo o mensualidad atrasada. Nunca conoció a sus medios hermanos, pues el padre no tuvo el valor de declarar la existencia de su bastardo. El asunto no fue del todo doloroso para Alexander, al contrario, aprendió desde la infancia a sacar provecho de los oprobios.

Alexander asistió siempre al colegio privado, mas aprendió a contender en peleas callejeras en compañía de los arrabaleros más difamados de la zona. Era un niño simpático, carismático, deseoso de conocer todo

tipo de personas. En ocasiones se escabullía de casa para apostar en ferias o en las aceras de la cercanía. Disfrutaba mucho estafar infantes incautos con trucos de magia o supuestos juegos de azar. Lo acompañaba siempre un can de raza, un perro robusto y huraño. En casa nadie lo vigilaba de cerca, su madre estaba atareada cuidando del bebé o haciendo el amor con su nuevo marido. Flotaba en las estancias un aroma a lavanda, pan tostado, ropa recién planchada. Romance fresco, arte contemporáneo, alborozo, condones y lubricante de fresa. Un vergel rozagante, *hot cakes*, canciones de amor en la radio y un universo estacionario suspendido en la mítica aurora de los recién casados. Una armonía diacrónica que debía ser alterada por el vaivén de la adolescencia, un fenómeno que no muestra distinciones. Alexander habría de aprovecharse del embuste que su sociedad había dictaminado: que a su edad era imposible cobrar responsabilidad de los propios actos, que estaba clasificado en el medio jurídico como un ser incapaz de razonar por sí mismo.

En la secundaria se le adjudicó una reputación paradójica, el muchacho que rompía narices a los abusivos para defender a los violentados. Precursor de la justicia y la venganza, impuso de manera tácita el orden en los corredores del instituto. Vendía además cigarros y alcohol de contrabando en la parte trasera del patio. Tenía amigos de todas las clases sociales, desde hijos de millonarios hasta muchachos en el albergue para indigentes. Sus calificaciones eran asombrosas, mas también lo eran sus reportes e infracciones disciplinarias. Los directivos solían llamar por teléfono a su madre con extrema frecuencia, ella tenía ya un crío en la primaria y otro en el jardín de niños, poco le interesaban las odiseas de su primogénito. Alexander vivía bien, nunca le faltaba dinero para apostar o asistir a las reuniones de sus compañeros. Podía pasar la tarde del viernes en una taberna del barrio bajo y al día siguiente atender una fiesta en una mansión de exquisito lujo. Muchos lo apreciaban y estaban agradecidos con él, fue siempre un amigo sincero, respetuoso del prójimo y atento a los problemas ajenos. Ya fuera apoyando a los malandrines o defendiendo a los endebles, Alexander se convirtió en una figura popular en varios sectores de la urbe. Sin embargo, quien confundía su caridad por debilidad terminaba siempre doblegado, tumbado de bruces tras una paliza brutal. Incluso aquellos que no lo provocaran directamente eran víctima de sus atroces represalias. Llegó a descomponer el

automóvil de un maestro, verter orines en la cabeza de un policía, hurtar las tarjetas de crédito del vecino antipático. Sus conocidos lo llamaban porque Alexander era experto en la maquinación de planes inmundos e infalibles. ¿Y si nos descubren? A la mierda, somos menores de edad. El gobierno se ha quedado corto. Cómo le encanta barrer a mamá, casi tanto como le gusta follar. ¿Y mi padre? Está de vacaciones con su familia en las Bermudas, éstos que sí tienen su apellido. Acaba de depositar dinero en mi cuenta, me alegra que nos entendamos a pesar de todo. ¿Y mi padrastro? Harto de mi actitud, buscando la manera de mantenerme lejos de casa, solicitando información sobre internados estudiantiles. ¿Qué pensarán de mis nuevos tatuajes? O de mi primera novia, la ramera más cotizada del centro.

Alexander tenía dieciséis años y ya era otro bastardo facineroso, estudiante de preparatoria. Su lenguaje era una mezcla de argot y modismos de la clase alta. Chamarra de cuero, guantes de piel, melena castaña y una motocicleta rentada, bebía alcohol barato en el pórtico de una vecindad o inhalaba cocaína en los baños de los ricos. Se le entumía el mentón y le ardía la garganta, pero se sentía tan enérgico y vivaz que de pronto el mundo entero le resultaba una simple plataforma para sus pasos. Sus gustos en mujeres eran variados y discrepantes, ya fuera una señorita decente o una golfa galante, todas podían resultarle bellas y apacibles. Sin embargo, jamás se enamoró de alguna en particular, tuvo varios amoríos y relaciones fugaces, muchos de los cuales ocurrían al mismo tiempo. Eran princesas reguardadas en castillos contemporáneos, eran meseras y meretrices, madres solteras desobligadas, niñas ingenuas en el colegio de monjas, eran incluso mujeres adultas y cosmopolitas buscando un amante joven tras el reciente divorcio. Para Alexander no existían distinciones, ninguna era más importante que otra. No cesaba su universo de oscilar, su placer por vivir acrecentaba con cada nuevo amanecer. Recorría de punta a punta la urbe, el viento despeinándole la cabellera. Portaba una pistola en el pantalón y un crucifijo en el pecho, siempre prendado con las maravillas del entorno, buscando transformar los panoramas de su realidad, explorando y conquistando un horizonte plagado de tesoros mundanos.

Su madre solía regañarlo, cuestionarle acerca de los ingresos misteriosos que acumulaba. Se paraba en la puerta de su alcoba y cruzaba los

brazos, frunciendo el entrecejo y sosteniendo entre los dedos múltiples billetes de mil pesos —¿De dónde sacaste este dinero? —preguntaba con su particular acento noruego. Alexander se encontraba realizando tareas sobre la cama, esbozaba una sonrisa—. No son míos, un amigo me pidió que los guardara —solía excusar. Ella comenzaba a insultarle en su idioma natal, valiéndose de los ademanes y los gritos para enfatizar sus reclamos—. No he robado ni nada parecido, son comisiones que recibí de mis amigas prostitutas, las ayudo a conseguir clientes y las llevo a fiestas. También he ganado en los juegos de azar y transportado algunas cosas. Iba a comprarte un regalo, lo juro —replicaba el joven e intentaba apaciguarla. Su madre ya estaba familiarizada con ese tipo de negocios y aunque no los aprobaba, tampoco eran repudiados al momento de pagar las deudas del hogar. Fue Alexander quien ayudó a saldar los últimos problemas financieros, incluyendo las colegiaturas de sus hermanos. A su padrastro lo despidieron de la empresa y le resultó difícil sostener la economía por un tiempo. Alexander aprovecharía las circunstancias para recurrir a nuevos medios de enriquecimiento. Inició un sistema a través de sus círculos sociales, se le llamaba por teléfono para solicitar cualquier servicio, ya fuera legal o ilícito, como la compra de un arma, de droga, de sexo, la renta de sicarios o incluso de establecimientos para fines indiscretos. Su trabajo consistía en mantener la confidencialidad del solicitante y conectarlo con la persona idónea para la realización de un trato seguro, aunque por una cuota adicional a la regular también podía hacerse cargo del asunto personalmente. Se ganó la confianza de un sinnúmero de criminales y grupos delictivos, se convirtió en intermediario y promotor de las mafias pequeñas, mas sabía que traicionar a sus aliados implicaría un alto riesgo para su vida. Omitió muchos detalles con su madre, quien estaba preocupada empero resignada. La situación la estresaba en muchas ocasiones, pero no intervenía a fondo por temor a perder el apoyo monetario de su hijo. Cuando su padrastro se atrevió a protestar, fue humillado con desdeñosa rebeldía—. Cállese, yo soy el hombre de esta casa —exclamó Alexander fumándose un puro en el sillón de la sala. Y así lo esclarecía a cada momento, pagó todos los adeudos y hasta la cena navideña. Se deleitó comerciando en el mercado negro, vestía abrigos de pantera o foca ártica, cadenas de oro y botas con casquillo de plata. Cuando los conocidos preguntaban, decía que había

heredado abolenjo noruego, cuando en realidad sus abuelos eran sólo humildes campesinos y su madre quedó varada en México intentando arribar a los Estados Unidos.

Alexander abandonó la escuela pese a las objeciones emitidas y se dedicó plenamente a perfeccionar el rumbo de sus negocios. Repartía información a mujeres en situación de indigencia con las que se topaba en los senderos más inmundos de la periferia citadina. Les ofrecía un cuarto para alojarse, servicios básicos cubiertos, garantía de protección, seguridad y hasta de atención médica. A cambio debían unirse a una red de prostitución y trabajar para él por un periodo indefinido, dividiendo las ganancias. Reclutó casi una vecindad entera, un edificio de apartamentos míseros donde habitaban varias meretrices, algunas acompañadas por los hijos o familiares a su cargo. La mayoría había ya ejercido el oficio con anterioridad y se encontraban contentas, las primerizas sin embargo debían todavía acostumbrarse a la ignominia y el descaro del cargo. Por lo menos tenían ahora un techo para resguardarse del frío y un amparo contra los azares del vagabundo. Las reglas eran claras, si alguna de las mujeres incumplía o traicionaba a la hermandad, sería desterrada del recinto o incluso, en el peor de los escenarios, asesinada. Las mismas rameras que vendían sus curvas en los moteles de la zona o eran enviadas a bailar en fiestas privadas, eran también distribuidoras de marihuana y cocaína en todas sus presentaciones. Entregaban el producto a domicilio si así lo solicitaban ¡Gracias, guapo! Llámale a mi jefe si necesitas algo más. Alexander condecoró a algunas de ellas como supervisoras del resto, se les llamaba por teléfono y organizaban los itinerarios, coordinando cuentas del dinero que debían reunir al concluir la madrugada. Pretendían llevar un estilo de vida común, salían de paseo, atendían regularmente el salón de belleza y los eventos sociales de sus conocidos. Era evidente con el paso del tiempo, entre bolsos de diseñador, implantes de senos y cabelleras frondosas, la profusión de ganancias que fluía en su comunidad. Aprendieron el artilugio infalible de los masajes y danzas eróticas, las rutinas de gimnasio y cursos de maquillaje profesional. Aparecieron en filmes pornográficos y produjeron los propios. Alexander estaba contento con el progreso expuesto, más que empleadas las trataba como amigas, pese al rigor con el que las vigilaba. Cuando su desempeño era adecuado las recompensaba con regalos

y sustancias psicoactivas, si cometían un error las privaba de intoxicarse, descontaba sus salarios o las golpeaba. Mantenía relaciones sexuales con ellas de manera regular y en algunos casos también las enamoraba, forjando vínculos íntimos y coercitivos. Ellas le acataban, consentían sus vicios, deseos y exigencias. Era común también que le llevaran obsequios que obtenían de sus otros amantes, en general joyas, ropa de marca, cigarrillos y dinero en efectivo: muestras de apreciación y afecto. Él reforzaba en sus mentes vestigios y propensiones de dependencia emocional, sembrando de manera latente y gradual conceptos distorsionados: Deudas inmateriales, autoestima ínfima, confusión, incertidumbre, temor a lo desconocido, premio y castigo, respeto, humillación, autoridad, adicción ¿amor?

Tu gobierno no es aquél que te condenó a mendigar en las calles, ignorando tus menesteres y protegiendo a tus opresores. Tu gobierno soy yo, tu Carta Magna, tu declaración universal, tu Estado benefactor. Gracias a mí comes, gracias a mí te drogas, gracias a mí sales al cine con tus hijos y compras los juguetes que tanto disfrutan. Eres mi simbiote, soy amable contigo. Puedes ser mi Afrodita y te llevaré a cenar a los montes del Olimpo. Puedes ser también mi novia, acreedora de las más dulces muestras de cariño. Eres bella y esplendorosa como las campiñas en estío. Faustosa, te robas mi aliento. Piensa en mí cuando te acuestes con ellos, piensa en mí y trae mi dinero. Trae tu cuerpo, tu hálito, tu orbe, tu empiéreo, que es mío, que es mío completo.

Alexander pasó su cumpleaños número veinte en su compañía de las mujeres. Se reunieron en uno de los apartamentos más amplios, brindaron con champaña, ordenaron comida china, bailaron entre la emanación y el embeleso de la música, los perfumes y los estupefacientes. La cama quedó embadurnada por fluidos; látex, velas aromáticas, ventilador de techo, vibradores, bragas transparentes, canciones de moda, líneas de coca. Doblan un billete y alzan la vista al cielo, su corazón latiendo como una bomba exponencial, estallido de brío. En la esquina del cuarto había un peluche de oso panda, una lámpara de piso con un foco amarillento y varios miles de pesos apilados —Debería comprar propiedades. Todavía vivo con mi madre porque le gusta tenerme en la casa, sobre todo ahora que tiene problemas con mi padrastro. Está contemplando la posibilidad de regresar a Noruega. Ese hombre me odia, me siento en la sala a

contar mi dinero sólo para chingarlo. Las extranjeras son muy populares, quizá deberíamos traer algunas —platicaba con aire despreocupado, tumbado entre los cojines coloridos, rodeado de adolescentes risueñas con traseros vastos. Se colocó un puro entre los labios y una de sus damas lo encendió de inmediato, hojeó entonces un periódico mientras el humo comenzaba a disiparse—. Tengo ambiciones para nuestra alegre organización, hay mucha gente en este jodido país que quiere dinero —murmuró y su mirada se posó en la sección de clasificados. Acarició a la muchacha de cabello teñido que reposaba a su lado. Ella sacó una pastilla de *Viagra* y la sostuvo entre sus yemas. Alexander la colocó en su lengua y la tragó con un sorbo de agua—. Dicen que el porno más visto a nivel mundial es el adolescente. El estupro es un negocio millonario —repitió en voz baja.

